

El pájaro guitarra

Porque el pájaro cantor que le había regalado su amigo era un hombre con una guitarra. Un tipo flaco y barbudo con el pelo largo, vestido con ropas extravagantes. No era broma. Le había dicho: Pues tal vez teniendo uno en casa, llegues a entenderlo. Y prometido: Te regalaré uno, a poco que tenga ocasión. Y así lo había hecho. Cuando aquella mañana le abrió la puerta de su casa y lo vio acompañado de otro hombre, pensó que podría ser alguien con quien hubiera trabado amistad por el camino, estas cosas suceden. Cuando le dijo: vengo a traerte el regalo que te prometí, él miró a sus manos, pero en sus manos no traía objeto alguno y un pájaro cantor no se oculta en un bolsillo de la chaqueta, más que nada por el peligro de asfixia. Parecería más lógico traerlo en una jaula y eso implicaría un paquete de cierta envergadura.

No; mi regalo, es decir, el pájaro cantor —y señaló con el dedo (el brazo en ángulo recto) hacia la figura que tenía al lado—, es Willy. La figura de Willy se inclinó con elegancia, la mano al pecho. ¡Pero esto es un hombre, Conrad! —le hizo notar—. Sí, qué duda cabe, es un hombre; pero también un pájaro, porque sabe “volar” muy alto. Para que te des cuenta de que también es cantor, bastará con que le escuches. No sé

muy bien qué decir, Conrad... Por lo pronto sería muy amable de tu parte que nos invitaras a pasar. ¡Oh, por supuesto! Disculpad mi torpeza. Adelante, por favor; estáis en vuestra casa.

Entrando al recibidor, Bigard lo tomó del brazo para hacerle una confidencia: ¿Cómo se te ha podido ocurrir semejante barbaridad? No conozco a este tipo de nada. ¡Bah!, no tienes por qué preocuparte, Harold —le contestó, con tono elevado—, solo es un pájaro. Y echando un vistazo a un lado y a otro: Habría que saber dónde piensas colocar la jaula. ¿La jaula? ¡Claro! Un pájaro cantor necesita de su jaula. ¡Oh!, pues..., no lo había pensado. Disculpa, Harold, he dejado a los muchachos esperando ahí fuera, me acabo de dar cuenta. ¿No te importa? —preguntó—. No, claro que no. Y se encaminó hacia la salida. El señor Bigard y Willy se quedaron a solas. Bigard miró a Willy. Estaba allí, sentado en su recibidor, con una guitarra eléctrica tumbada boca arriba en su regazo. Willy le sonrió dulcemente. Bigard no sabía bien hacia dónde dirigir la mirada.

Ya estamos aquí —y apareció su amigo, seguido de una troupe de carpinteros con sus monos de trabajo; portando herramientas, tableros, tubos y otros perfiles.

Bien, ¿lo has decidido ya, Harold? Se giró, azorado. ¿Decidir, el qué? Dónde situaremos la jaula. No lo sé... No lo sé, Conrad; aún estoy confundido. En vista de la duda, los operarios comenzaron a relajarse, a soltar los materiales en el suelo o a apoyarlos en las paredes, y a murmurar. Incluso, uno hizo intento de encender un pitillo, pero otro le apartó el encendedor. ¿Tal vez..., en

la galería? O..., o en el patio, mejor en el patio. No lo has pensado del todo mal, Harold; un pájaro cantor necesita del aire y de la luz, percibir el carácter del día y los olores de cada estación; sin embargo no creo que sean los lugares más apropiados al caer la noche. Esta especie —y señaló a Willy—, no dispone de plumas; el frío no le vendría nada bien a su garganta. Y dado que el tamaño impedirá trasladarla de un lugar a otro, mejor sería buscar a la jaula una ubicación lo más idónea posible. Él conocía la casa lo suficiente como para proponer un sitio adecuado. ¿Qué tal en la cocina, Harold? ¿En la cocina? Bueno, supongo que para ello tendremos que contar con la opinión de Ekatherina. ¿La opinión de Ekatherina para colocar una jaula con un pájaro en una dependencia de tu casa? —preguntó, con cierto tono de ofendido—. Comprendo lo que piensas, Conrad, pero hemos de tener en cuenta que ella, por su trabajo, pasa buena parte de su tiempo allí, así como reconocer que la jaula no habrá de ser un objeto de un tamaño reducido ni el pájaro cantor una minúscula e inofensiva avecilla. No claro, pero tu cocina es amplia. Tú mismo te has vanagloriado siempre de tener una cocina que podría albergar un hipódromo. No le dio opción a que se lo negara o corroborara. Sin mediar petición de permiso alguna, puso rumbo a la estancia. No cabe duda —dijo—, de que lo mejor es que lo comprobemos y de camino crucemos unas palabras con Ekatherina. Por Willy no has de preocuparte, no tiene nada de ofensivo. La troupe de operarios lo siguió presta, portando todos sus bártulos. Bigard se internó entre ellos, intentando lle-

gar a la espalda de Conrad. Cuando lo alcanzó: ¿Crees que es necesario que la instalemos hoy? Podríamos demorarlo unos días y pensarlo detenidamente. Eso sería factible si no hubiera que contar con este ejército. Bien, pues debo comunicarte que Ekatherina no está, que ha salido a hacer la compra. Era una hora temprana de la mañana, tenía toda la lógica del mundo. Mejor, así no conoceremos sus objeciones, si las tiene, y cuando llegue se encontrará con los hechos consumados. ¡Oh, escúchame, Conrad! Tampoco sé la opinión que le merecerá a Chloé la instalación de Willy en la cocina de la casa, ni a mis hijos. Justo en ese momento recordó cómo, no haría más de unas horas, maldecía el éxito de Azotobacter Clothes y el poco tiempo que le dejaba a su mujer para dedicarlo a la vida familiar y conyugal. Ahora, en cambio, le daba las gracias por la tregua.

Habían penetrado en el amplio espacio de la cocina, con muebles, electrodomésticos, anchos ventanales y una gran puerta al jardín. El espacio era enorme para una cocina, en efecto, aunque no tanto como para celebrar allí carreras de caballos. Pero Chloé no está en casa —advirtió su amigo—. No, no está, eso es cierto; tanto como que volverá. ¿Por cuántos días? Una semana. ¡Bah!, Harold, una semana, ¿sabes cuánto tiempo es eso? Tendrás más que suficiente para saber si te interesa o no seguir contando con Willy. Por cierto, no me estarás insinuando que, después de haberme manifestado tantas veces el deseo de tener un pájaro cantor en casa, llegado el momento renuncias a él... No, no, por supuesto que no, Conrad; no es eso. Bien, ¿entonces?

Nada, querido, temores probablemente infundados. Su amigo se acercó hasta un rincón, junto a la puerta acristalada. Vio que allí había espacio más que suficiente y que disfrutaba, según su criterio, del aire y la luz aconsejables. Mirando a través de ella, la vista se recreaba en la alegre voluptuosidad del jardín. Tocó la pared que le quedaba a la espalda con los nudillos. ¿Qué hay detrás? Un baño. ¡Perfecto! —exclamó—, este es entonces el lugar idóneo. Y, sin más, a una señal suya, los operarios comenzaron la tarea.

Pronto, Harold se halló en medio del remolino de las idas y venidas de los obreros, envuelto en una confusa mescolanza de golpes, choques de materiales, riflidos de máquinas, martillazos; paralizado por la estupefacción que todo aquello le producía. Con una amoladora que cortaba el tabique como si fuera queso, abrieron un hueco con forma de gatera —aunque proporcionado al tamaño de Willy—, en la pared contigua. Cuando extrajeron el bloque de ladrillos, se dejó ver la luz de los azulejos blancos del baño. Mientras, otros, comenzaban a articular los largueros y travesaños sobre los que armarían el enrejado. Los combaron y ensamblaron con sorprendente rapidez y maestría. Al cabo de unos minutos, ya estaba conformada la estructura ojival de la jaula. Fijaron los barrotes, atornillaron los tableros del suelo, instalaron la puerta comprobando que abría y cerraba de forma correcta. Colocaron un tubo en la parte alta, atravesando de lado a lado. Es conveniente que el pájaro disponga de una barra para ejercitarse —aclaró Conrad—. Introdujeron unos muebles mínimos: un ta-

burete y un par de cajas. Incluso tuvieron el detalle de colocar por el exterior, en lo más alto, una gran anilla, aunque estuviera claro que por esta vez no iba a servir como elemento práctico sino decorativo. Ya terminada, lució como una obra maestra de la ingeniería; soberbia, dorada. Dorada porque todos los componentes metálicos eran dorados. ¿Qué te parece, Harold? ¡Brillante! Mientras habían estado violando de aquella manera el espacio de su casa, sintió algo parecido a la entrada de un virus en su cuerpo; cuando extrajeron aquel bloque de tabique, como si hubieran hecho lo propio con uno de sus riñones; pero ahora el resultado lo había llenado de sorpresa, de admiración. Los operarios, del mismo modo que repartieron por la cocina sus materiales y enseres, esparcieron por toda ella los sobrantes, sembraron todo de suciedad y virutas, hicieron la recogida después y una limpieza minuciosa, hasta que la cocina volvió a verse resplandeciendo, sin una mota de polvo. Conrad dio por terminado el proceso: Gracias, señores, han hecho ustedes un trabajo impecable. Luego toda la troupe salió de allí en un repliegue tranquilo y ordenado.

¡Willy! —exclamó Bigard al acordarse del pájaro—. ¡Bah! No has de preocuparte. No se habrá movido ni un solo milímetro de donde estaba. No obstante, ya es hora de que lo llame para que eche un vistazo a su nueva casa —y echó a andar hacia el recibidor—. “Su nueva casa” —repitió él para sí, preguntándose cómo había podido permitir aquella intrusión sin oponer apenas resistencia—. ¿Willy? —Willy, que era probable estu-

viera esperando la llamada de un momento a otro, se levantó y cargó con su guitarra—. Puedes pasar. Entró a la cocina. Se excusó con un gesto ante Bigard, miró a Conrad. ¿Te gusta, Willy? Willy esgrimió una tierna sonrisa de agradecimiento. Pues adelante, es toda tuya. Y pasó dentro de la jaula tomando muchas precauciones, como para no estropear su pátina de nueva. Se debió sentir a gusto desde el primer momento, porque cerró la puerta tras de él y, de inmediato, abrió una caja y otra, sacando un cable de aquí, enchufando allí, activando mandos e interruptores en el amplificador. Probó sonido pellizcando una de las cuerdas. Luego otra. Luego, cuando comprobó que aquello comenzaba a funcionar, despertando a la guitarra. La guitarra sonaba como si se hubiera recién levantado una mañana de domingo. Como si, abandonada a las sábanas, se hubiera incorporado y estuviera estirando los brazos, abriendo un bostezo antes de articular la primera frase; como si tratara de recuperar la facultad del lenguaje, perdida durante el sueño. Willy la abofeteó tiernamente, rasgándola un par de veces por sorpresa. Entonces, ella se desperezó.

Debo comunicarte que Willy no habla, si bien sí que tiene voz, y canta, naturalmente. Quiero decir que no se comunica con nosotros tal y como lo estamos haciendo tú y yo en este momento. Pero no tendrás problemas para entenderte con él. Él sí que nos comprende y acatará cualquier orden que le des, siempre que no sea arbitraria o injustificada.

Y bien, Harold, hasta aquí llega mi cometido —dijo,

entregándole por fin la llave. Una gran llave dorada, como la jaula, imitando los estilos antiguos—. Espero que disfrutes de mi humilde presente y que te ayude en tus indagaciones. ¡Un momento! Un momento, Conrad. Aún hay cuestiones que resolver antes de que te vayas, ¿no te parece? ¿Como cuáles, Harold? Pues... como la comida o... ¡Vaya, discúlpame! Tienes toda la razón. Tampoco tendrás ningún problema en ese aspecto, no es en absoluto exigente. Su dieta es frugal y bastará con que le acerquéis un plato de lo que sea a la jaula. Eso sí, advertirte que no le debe faltar una jarra con agua fresca y que resulta recomendable ponerle a mano una botellita de algún licor espirituoso, nada de refrescos, los tiene prohibidos por prescripción médica. Suele echar un trago a mitad de la tarde para hacer soportable el rigor de la extinción del día. ¿Y no saldrá de ahí para nada? No, si nadie lo saca a dar un paseo. Si es así, lo agradecerá mucho, no te quepa la menor duda; pero, si no, tampoco supondrá un inconveniente grave para él, está más que acostumbrado al enclaustramiento.

Pasó largo rato allí, rumiando la estupefacción tras la marcha de Conrad. Viendo cómo Willy se ejercitaba con la guitarra tratando de conseguir la forma. ¿Qué habría de hacer de entonces en adelante? ¿Lo dejaría allí, solo en la cocina, y se dedicaría a hacer su trabajo? Pensó que sería lo más sensato. Debía mentalizarse de que Willy solo era un pájaro, un pájaro cantor, y los dueños de pájaros cantores no están todo el día mirando lo que hace el animal en la jaula. Si no había salido

ya era porque de algún modo estaba esperándola. Los chicos no volverían hasta el viernes, Chloé hasta el lunes siguiente; su preocupación inmediata era ella. Pero tardaba y había pensado en irse, también por la curiosidad de observar qué haría Willy cuando él no estuviera presente. Tendría cuidado, no obstante, estaría al tanto de su vuelta.

Se dedicó a despachar los asuntos urgentes que tenía aquella mañana, en aquella estancia suya a la que se llamaba despacho, se imbuyó en ello. Estaba lejos de la cocina y por tanto, desde allí oiría muy lejanamente lo que Willy tuviera a bien tocar, aunque no volvió a escucharle nada relevante. Lo siguiente que oyó y bien oído, fue el grito de Ekatherina. ¡Demonios! ¡Se había propuesto estar muy atento a la llegada de Ekatherina! ¡No dejar que se diera de morros con la presencia de Willy y la jaula antes de su intercesión! Ahora ya no había remedio. Salió disparado de su despacho. Atravesó la casa. Se topó con ella ante la puerta de la cocina. El carrito de la compra estaba atravesado allí. Debía traer, además, la cesta cargada con verduras, porque ahora estaban todas desparramadas por el suelo, incluyendo la propia cesta. Tenía el rostro desencajado, los ojos pugnando por salirse de las órbitas. El pecho le subía y bajaba como dos pistones en un motor de explosión. ¿Qué es eso, señorr? –preguntó, como si hubiera visto hacerse real, revelarse en carne y hueso, y nunca mejor dicho, una maldición bíblica, y les hubiera caído encima a todos por igual. ¡Tranquila, Ekatherina, tranquila!

La tuvo que llevar hacia su despacho, tomada por

los hombros. Por el camino iba tratando de calmarla al mismo tiempo que hacía un primer intento de darle una explicación coherente sobre la escena. Coherente para ella, claro está. Ella asentía por obediencia pero no podía evitar que le resbalaran aquellas explicaciones. ¿Qué es eso de que un amigo te regale un hombre barbudo metido en una jaula y encima lo coloque en tu lugar de trabajo, el lugar de trabajo de una pobre inmigrante ucraniana? E hipaba sin querer. La sentó en una silla, le acercó un vaso de agua. Luego extrajo de un cajón su licorera y le sirvió un poco de whisky. Un poco de esto te irá bien. Gracias, señor, gracias. Le habló de Conrad y de sus extravagancias. También de él, de sus meteduras de pata y, por qué no, de su fascinación por los pájaros cantores. Luego, cuando creyó tenerla puesta del susto inicial, volvió con ella hacia la cocina. Disculpe señor; discúlpeme, por favor. No tienes por qué pedir disculpas, debería ser yo quien te las pidiera. Tendría que haberte avisado a tiempo. Le ayudó a recoger las patatas, zanahorias, nabos y acelgas que andaban esparcidas por el suelo, hasta que volvieron a estar todas en la cesta y la cesta colgada de su brazo. Aquella cesta que se había traído consigo y no había modo de que se separara de ella, como una genuina granjera. Él, adelantándose, empujó al carrito y penetró en la cocina. Ahora este paso, al que antes no se prestaba la más mínima atención, estaba revestido de cierta gravedad. ¡Vamos! ¡Adelante, Ekatherina! No tienes nada por lo que temer. Willy estaba sentado en su taburete, expectante, con gesto de preocupación en el rostro y con la

guitarra sobre sus rodillas. ¡Hola, Willy! Willy bajó los párpados con lentitud al mismo tiempo que su cabeza para saludar. Bien, es hora de que empieces a conocer a los miembros de esta familia. A Ekatherina, que aún estaba asustada, le agradó aquel detalle del señor: Y Ekatherina es uno más. Ekatherina se dejó ver, saliendo de su escondite tras la espalda de Bigard. Willy se levantó del taburete, la miró, grave, e inclinó su figura como si estuviera saludando a una reina. Ekatherina no pudo mostrar la sonrisa a la que se sentía obligada. Al principio, no sabía por qué, aquella visión le había resultado monstruosa cuando, en realidad, Willy era solo un hombre y además ahora comprobaba que no mal parecido, incluso atractivo. De haberlo visto por la calle, hasta hubiera pensado que era un hombre atractivo. Si se hubiera topado con él en el recibidor, cuando ella regresó del mercado, sentado allí, incluso con esa guitarra, tal vez habría pensado que se trataba de una amistad del señor, pero nunca le hubiera parecido algo horrible. ¿Entonces? No, no era solo la jaula. ¡Era todo! ¡Aquella jaula enorme y dorada, en la que había metido un hombre, en la cocina! ¿A quien se le había ocurrido semejante cosa? No pudo evitar pensar lo que venía sospechando desde que arribó a aquel país: que aquella gente no estaba bien de la cabeza. No lo quería pensar, no lo quería pensar, pero no podía evitarlo. Mejor que se habían portado con ella... Unas personas educadísimas, cumplidoras, exquisitas. Pero...

Hubo de estar aún un rato más con ella. Le ayudó con la compra. Willy, abstraído, miraba a través de la

puerta acristalada. Le prometió que regresaría a la hora de preparar la comida, que estaría acompañándola desde ese momento hasta que la sirviera. No la veía muy confortada, aunque al menos se había serenado. Le pareció que había pasado lo peor. No tardaré en volver. Si tienes algún problema, no tienes más que avisarme, estoy en mi despacho. Gracias, señor. Echó un último vistazo a Willy, seguía sentado en el suelo, apoyado en los barrotes. Parecía aburrido; la mirada perdida en el jardín. Lo miró con detenimiento. Él, las manos cruzadas en la nuca, apoyó la cabeza en la jaula y cerró los ojos.

¡Vaya!, no había sucedido nada anómalo durante el resto de la mañana. Ekatherina parecía haber empezado a tolerar a Willy. Willy apenas había salido de su letargo. Había vuelto a poner en marcha el equipo y a pellizcar la guitarra. Sacaba notas como quien pinta un cuadro abstracto, como quién enciende fósforos sin objeto o se mira las uñas de los pies. No hace falta que se quede, puede marcharse si quiere. ¿Estás segura de ello? Sí, la hora de servir la comida llegará pronto. ¿No te incomodará en exceso Willy? No. Bien, Ekatherina, piensa que solo es un pájaro, te lo hará más fácil.

A partir de cierta hora de la tarde y por la mañana temprano había pensado que serían dos buenos momentos. Dos momentos ideales para escuchar a Willy. Para que Willy demostrara sus habilidades cantoras y para que él lo pudiese observar con detenimiento; no

en vano, estos momentos coincidían con el comienzo y el final de su jornada de trabajo. La cocina se encontraría despejada, pues Ekatherina habría terminado de manera puntual sus quehaceres o no los habría comenzado aún.

Un buen lugar para la observación sería aquel taburete en un rincón de su cocina. Ahora miraba desde allí a Willy. Willy estaba tumbado sobre el suelo de la jaula en posición fetal, dejando escapar unos resoplidos regulares y monocordes. No es que fuera deplorable contemplar aquella escena, pero no era eso a lo que había venido. No era eso lo que se esperaba de un pájaro cantor. Había ensayado ya dos o tres carraspeos con un volumen creciente, sin que el oído de Willy se hubiera percatado. Harto de esperar, dio un zapatazo seco en el suelo, simulando la caída de un objeto, un suceso accidental. Willy despertó, sobresaltado. Miró, con los ojos todavía nublados, a su alrededor. Luego a él. Se levantó pesadamente. Se frotó los ojos, pidió disculpas. Luego apartó con una mano la pequeña cortina y se introdujo por la gatera hacia el baño. Se le oyó refrescarse la cara. Bigard aprovechó para acercarle una botellita de brandy y un vaso con hielos. Después salió, dispuesto a concederle media hora más. La media hora que él aprovecharía para dar un corto paseo.

A la vuelta, Willy ya tenía todo el equipo en marcha y la guitarra en ristre, pero la guitarra sonaba como una tartamuda, igual que una jodida tartamuda. Se disculpó con un gesto, escudándose en ella: le pasa algo y no sé lo que es. Ya —dijo para sí, Bigard—, la guitarra. Es

por culpa de la guitarra. Aquella guitarra blanca con un moflete ocre. Bueno —concluyó, dando un manotazo al aire—, mejor irse y volver en otro momento.

Un gran bullicio, una mezcla confusa de voces y de música. ¿Dónde estás? ¡Oh, en un aperitivo! ¡Háblame más alto o no me entero! ¿Qué tal, Harold? ¡Bien, en casa, aunque tengo una novedad importante! Le contó de modo muy extractado lo que de extraordinario había sucedido en las últimas horas. Y lo que de extraordinario había sucedido no era otra cosa que el aterrizaje inesperado de Willy. Se hacía difícil contar aquello en pocas palabras y a voz en grito. ¡Ah, bien! ¡Parece una lectura interesante! ¿De quién es? No quería estropear la velada a su esposa, pero juzgó que tampoco tenía por qué dejar de explicarle, luego reiteró con mayor claridad. ¿Has fumado algo, Harold? ¡Me suena a una de esas visiones! Ante su insistencia, su esposa, ni convencida ni incrédula, zanjó la cuestión: ¡Si no te importa lo hablamos a mi vuelta, querido!

Anduvo solícito con Ekatherina hasta la cena. Ekatherina se sentía halagada con las atenciones del señor, aunque ya no estaba tan asustada como antes. Aquel tipo con barba parecía pacífico y no demasiado molesto. Le había costado tragar el hueso pero ya había conseguido pasar la estrecha obertura de su garganta, bajar por su esófago y caer en su estómago. Ahora estaba allí, en su estómago, y no sería fácil de digerir aunque, al menos, esperaba que se le hiciera soportable. Willy la

miraba con mucha ternura, como un gatito abandonado. Ella a él sería, con los ojos cautelosos y los pómulos encendidos.

Ekatherina se retiró a su habitación. Bigard echó un último vistazo a la cocina. Willy se estaba ejercitando en la barra. Lograba elevar su cuerpo a pulso, hasta que su cabeza topaba con la parte superior, y luego descenderlo despacio. Paró al verle. Buenas noches, Willy. Willy asintió, con aquella peculiar manera suya, bajando con lentitud los párpados al mismo tiempo que inclinaba la cabeza, y él salió, cerrando la puerta.

¿Cómo dormir ahora como si nada? Dio vueltas en la cama sin parar durante la primera hora. Tuvo necesidad de levantarse para ir al baño. Después paseó por la casa. De la cocina no provenía ningún ruido, de la habitación de Ekatherina sí: unos rugidos de león africano. Ni Willy ni todo lo acontecido debía ser suficiente motivo para hacerle perder el sueño. Volvió a su dormitorio, a envolverse de nuevo en las sábanas. No había hecho más que comenzar a dormir cuando lo desvelaron aquellas primeras notas. Aquel salpicado como un inicio de lluvia. No llegó a despertarse, estuvo un tiempo indeterminado en una media consciencia. Integraba bien los acordes hasta que formaron un torrente y aquello comenzó a tener carácter, a sonar de verdad. Entonces se despertó y avezó sus oídos. La casa parecía haber sido conquistada por las olas negras del recuerdo de noches del pasado; cientos, miles de noches de otro tiempo. Olas negras de lujo y sensualidad. Aquello sí era lo propio de un pájaro cantor. Cesó. Luego inició

otra. ¡Oh, dios! Estremecía, laceraba. Era como una cuerda que tiraba de él poderosamente. Le provocaba ganas de levantarse. ¡Maldita sea! ¡Era como si, con aquella cuerda, Willy tirara de sus tripas desde la cocina! No pudo resistirlo y se levantó. En pijama, pantuflas; la bata de paño con estampado a cuadros. Caminó por la casa mientras las notas caían en su mente como piedras lanzadas al agua. Otras le pellizcaban lo más íntimo de su ser. Estimó que aquello excedía los límites de lo permisible, pero justo antes de atravesar la puerta y encarar a Willy, este paró de tocar. Creyó haber oído que erraba algo. Tal vez esa hubiera sido la causa de la interrupción, el caso es que él también se paró en seco, no llegó a entreabrir siquiera. Decidió no pasar y regresar, en cambio, a su dormitorio. Aunque, ya ante él, con la mano en el pomo de la puerta, la volvió a retirar de allí y a encaminarse de nuevo a la cocina. ¡Era absolutamente increíble! Había vuelto a tocar y lo removía hasta el tuétano. Bajó la escalera trotando con rapidez y elasticidad hasta el piso de abajo y allí mismo se tropezó con Ekatherina. Ambos se dieron un susto. ¡Ah, señorr! ¡Lo siento, discúlpeme! Iba a decirle que se callara, que estas no son horas, que podría despertarlo. Y mire por dónde... Mientras tanto, seguía esparciéndose en el aire aquel polen se sentimiento que salía de Willy. He pensado lo mismo que usted, que estas no son horas para que nos demuestre sus habilidades. Habrá que reconvenirle. Fue hasta la puerta de la cocina, Ekatherina tras él. La abrió y encaró a Willy. Siento tener que decirte esto pero... Te prohíbo terminantemente

que toques a estas horas. Son las del descanso y alteras de manera grave la rutina de esta casa. Willy lo miró, contrariado y pensativo. Hizo, no obstante, un gesto de aprobación forzada. Ya está —dijo a Ekatherina al salir—, y regresaron a sus respectivas habitaciones. No se volvió a escuchar a Willy en los siguientes minutos, ni el resto de la noche.

Muchas atenciones, sí (él se debía a sus negocios, que duda cabía; no tenía nada que objetar a ello, ¿cómo iba a tener algo que objetar una pobre sirvienta?); pero se había largado por la mañana temprano —como era habitual, por otra parte—, y la había dejado a solas con aquel individuo. Un pájaro cantor, claro, ¡pero un hombre, al fin y al cabo! Parecía inofensivo, pero una mujer, y mucho más una pobre inmigrante, nunca ha de fiarse. Quién sabe. No tenía más remedio que transitar casi todo el día por la cocina. Le consoló pensar que, aunque aquel melenas tristón fuese en realidad una fiera, estaba encerrado en una jaula. Eso es: igual que una fiera de circo, por algo estaba allí la gran llave, y no le podría hacer ningún daño a menos que se pusiera a su alcance. Entró de una vez. Willy —ya lo había vislumbrado antes—, debía ser aquel bulto oscuro que yacía en el suelo, el inquilino de aquel saco. No se inmutó al ruido de abrir la puerta ni a sus pasos, ni a la descarga de platos y tazas en el fregadero, de la misma forma que antes tampoco lo había hecho a la apertura y cierre de puertas, el zumbido del microondas o el siseo de la sartén friendo; durante el ajetreo que llevó preparar la

primera comida. Le pareció raro. Por un momento le asustó la posibilidad de que pudiera estar muerto; sin embargo, no iba a ser así. Fue entonces cuando se removió y abrió un poco la cremallera, como el gusano que rompe el capullo, para asomar el careto. Para ser sincera, le dio un poco de lástima. ¿Cómo podía vivir alguien metido en una jaula? ¿Tan desesperada estaba alguna gente como para hacer aquello? ¿Solo por la comida y el alojamiento? Hasta entonces, había pensado que los más desesperados eran los inmigrantes, los que iban a aquel país o a cualquier otro y se lanzaban al vacío, sin paracaídas. Se echaba de ver que no. O quizás se tratara de cosas que escapaban al entendimiento de una pobre empleada de hogar como ella, en todo caso se atrevió a dar los buenos días a Willy. Willy asintió, con los ojos todavía obnubilados. Ella penetró en la sala auxiliar contigua; proveyó, atrapó y empujó el carrito de la limpieza general, dispuesta a salir e iniciar aquella emocionante tarea mañanera, cuando la detuvo el pensamiento de Willy. El señor no le había indicado nada al respecto, solo le había dicho de un modo expreso lo del agua fresca, pero sobreentendió que él también habría de tomar el desayuno. Pensó que no haría nada indebido ni erraría con servirle. Volvió sobre los restos que habían quedado y compuso una bandejita con la leche, los bollos y el plato principal. Se la acercó a una distancia prudente. Willy, incorporado, le correspondió llevándose la mano al pecho y obsequiándola con una mirada de eterna gratitud.

Pasó buena parte de la mañana fuera de allí, hacien-

do retroceder a los enemigos habituales; nunca es bueno cederles más terreno del necesario. El silencioso invasor del polvo, la terca suciedad que se acumula en los baños, las ingravidas y huidizas pelusas de los dormitorios o el niño guarro de los suelos; ese que, por más que lo vistas del limpio, a la vuelta ya tiene la primera mancha. Cuando regresaba hacia la base de la cocina, escuchó a Willy desenlazar la primera melodía. Sonaba alegre.

¡Vaya! Se había aseado. Parecía otro. Paró de tocar. Esa guitarra colgada le sentaba bien. Lo miró y le sonrió por primera vez. Sí, ¿por qué no? Parecía un buen hombre. Él la miró con cara de grata sorpresa y le correspondió con una sonrisa muy tierna. Ella llevó el carrito de la limpieza a su alojamiento, se colgó del cuello el delantal y se dispuso a encarar la segunda gran faena del día. Entonces lo hizo, el muy idiota. Se puso a tocar aquello. ¿No veía lo inadecuado de tocar aquello? ¿No se daba cuenta? Ella era una pobre inmigrante ucraniana que se ganaba la vida sirviendo en un país muy lejano del suyo. El suyo había quedado allí, muy lejos, y es mejor que estuviera muy lejos mientras ella estuviera tan lejos de él. No olvidado, eso nunca, pero lejos. ¿Acaso no podía comprender eso? Tal vez no, tal vez él nunca fue un jodido inmigrante, solo un tipo raro con barba y melena, un tristón, o un “pájaro cantor”, como insistía en llamarle el señor Bigard.

Lo tocaba solo con la guitarra y lo acompañaba golpeando con un pie en el suelo, pero era igual, ella lo escuchaba igual. Solo el sonido de aquella guitarra,

pero ella escuchaba también todos los coros, todos los violines, los golpes en los timbales que le maceaban el corazón. Estaba delante de la soledad y la inmensidad inabarcable de la llanura, ante la gravedad blanca de la nieve y el destino, flotando sobre la dulce melancolía de los rayos del sol al final del verano. Y un nudo de emoción, que la asfixiaba, se le atravesó en la garganta. En un esfuerzo sobrehumano, logró retener las lágrimas. Eso es rruso –le espetó, con rabia y desprecio. Willy la miró, parpadeando en un gesto de asombrada decepción.

Dado que ya era miércoles, pensó llegado el momento; no era conveniente demorarlo ni un minuto más. Ahora sus hijos, en el internado, estarían disfrutando de la hora de descanso y esta, no le cabía duda, sería la más propicia. En principio había pensado en ir el jueves, pero veinticuatro horas le parecieron un lapso demasiado corto, así que decidió duplicarlas sumándole otras veinticuatro.

Los últimos días en casa habían adquirido la fluidez necesaria, la nueva rutina se había vuelto a instaurar, del mismo modo que una nueva corriente de agua traza su propio camino entre los accidentes del suelo. Claro, que para eso había tenido que transigir, aunque juzgó esto no como una claudicación, sino como una decisión acertada. No pensó que reprimir a Willy fuera la mejor vía para que él diera expresión a su arte y alcanzara cota. Esa cumbre que tanto le fascinaba y quería contemplar con sus propios ojos, de modo que no puso obstáculo a que tocara lo que quisiera y cuando quisie-

ra. A cambio, Willy les había obsequiado (a Ekatherina y a él) con una noche completa de concierto a cargo de la lluvia púrpura y otros pentagramas simples e interminables. También con destellos, era verdad. Fugaces, muy fugaces. Ekatherina le contó cómo había sido lo bastante estúpido como para removerle los recuerdos y que ella, por su cuenta (“no sé lo que le parecerá al señor”), le había prohibido semejantes expansiones.

Ahora, mientras conducía entre el tráfico, siempre atascado, de la ciudad, hacia el extrarradio, se reafirmaba en la convicción de que había hecho bien, de que lo menos conveniente era recortar las alas a un pájaro cantor. Mucho más acertado procurarle el mejor alpiste, el agua más cristalina, una hoja de verdura fresca donde picotear. Puso a Ekatherina sobre la pista de la nueva estrategia y, de paso, la obligó de forma sugerida a que lo sacara de paseo por el jardín. Ella se resistió un tanto, no veía que estuviera entre los cometidos de una empleada de hogar el dar una vuelta por los alrededores de la casa del brazo de un hippie barbudo, pero al final cedió.

Adelante, señor Bigard, le están esperando. Caminando por los pasillos del sobrio edificio todavía dudó, pero ya no había vuelta atrás: los vería a los dos al mismo tiempo. Mejor que a uno y luego al otro. Generaría un ambiente de mucha mayor confianza. De todos modos, los chicos se alertaron al saber que recibirían la visita de su padre. No era frecuente que fuera a verlos

entre semana, salvo cuando ocurría algo grave; y ese algo grave, hasta entonces, solía estar relacionado con su comportamiento en la institución o la marcha de sus estudios. La institución se mostraba, en ambos aspectos, muy estricta y exigente.

¡Hola, papá! ¡Hola, chicos! Frank... Gwen... El menor saltó a sus brazos y lo apretó con todas sus fuerzas. La chica lo besó después, con el hermano aún colgado de su cuello: Hola, papá. Caminó con ellos por un caminito marginal de la extensa explanada de recreo, donde otras decenas de chicos y chicas de su edad jugaban en los rectángulos de las canchas, paseaban o reían tumbados en corro sobre el césped. Le expresó la alegría que sentía de verlos y les previno que su visita no tenía nada que ver con sus obligaciones como alumnos de aquel centro, que podían estar tranquilos en ese aspecto, sino con un acontecimiento ocurrido días atrás en casa. La aparición el lunes, muy de mañana, de su excéntrico amigo Conrad con el regalo de una jaula y un pájaro cantor llamado Willy. Solo cuando ellos mostraron un interés comprensible, él les aclaró que el pájaro en realidad era un hombre, pero que, como pájaro, vivía en una jaula, en una gran jaula dorada que habían instalado en la cocina. Los chicos quedaron momentáneamente perplejos, no sabían qué decir ni cómo mirar a su padre. No penséis que he perdido la cabeza —les aseguró— no es más que un experimento. Los chicos aún se mantuvieron en un lapso de silencio antes de salir de la estupefacción. Además, estoy seguro de que os divertirá verlo y escucharlo tanto como

a mí. Dudaban seriamente de que su padre estuviera en sus cabales. No obstante, no le conocían adicción o problema de salud que pudiera provocarle ese estado. En cualquier caso —afirmó, intentando tranquilizarlos definitivamente—, la instalación de Willy es algo circunstancial. Frank... Frank volvió a sonreír, a alegrar su rostro oval y colorado; pero Gwen... bueno Gwen estaba en otra onda: No tengo más remedio que decírtelo, papá; me suena a cuento surrealista y macabro. ¿No te habrás dejado embaucar por otra de las chaladuras de ese amigo tuyo? ¡Oh, menos mal que contaba con el apoyo incondicional de Frankie!: Ha dicho que solo es un experimento, ¿acaso no lo has oído? Gwen le replicó, enfurecida: ¿Quién te ha dicho que abras la boca? Bueno, chicos, basta; no quiero haceros perder más tiempo. Ya hablaremos cuando volváis a casa el viernes, ¿de acuerdo?

Antes pasaba por la cocina solo de manera accidental; lo más cuando, a deshoras, buscaba un poco de agua o, caso extremo, un antiácido; que allí se guardaba en un cajoncito. Esta semana, con Willy, no paraba de ir y venir. Hoy, apenas la manecilla del reloj se aproximaba a la hora de despertarse (es una manera de hablar, en realidad los dígitos programados en su móvil) cuando ya se había levantado, duchado y acicalado; vestido para cumplir con el último día de obligaciones corporativas. Había disfrutado de un sueño de lo más tranquilo. Después de toda una noche y un día sin dejar de pulsar la guitarra (sesión continua que, por cierto, había dejado exangüe la provisión de licores de la casa),

tanto Willy como ella, derrengados, habían hecho un receso de catorce largas horas, lo que les había permitido (a Ekatherina y a él) dormir con la deseada placidez. Quizás a consecuencia de ello, ya al levantarse, había escuchado a Willy enhebrar delicados compases en las cuerdas de su compañera. Ambos debían tener ganas de retozar en los despuntes del alba, después de la larga dormida. Pues allá que fue él a verlos. Con la guitarra colgada (la larga cinta bordada con arabescos en verde y oro cruzándole la espalda), Willy miraba hacia el jardín. La tímida luz inicial de la mañana de principios de primavera atravesaba los arbustos, reposaba en la hierba. No le cabía duda de que se habría percatado de su presencia, pero no por ello hizo el más mínimo amago de volverse ni de parar de tocar. Entonces él, ocupó el taburete del extremo de su cocina.

No era tan estúpido como para no comprender que las motivaciones humanas son siempre las mismas, comunes a todos los miembros de la especie; incluyendo a Willy y a tantos otros de la misma condición de Willy. Y que unos se encaminan hacia las metas por el sendero de la razón práctica y otros por el de la intuición, pero ambos confluyen inevitablemente en la matemática que ordena toda naturaleza, con la ventaja de que, quienes hacen uso de aquella, son quienes, a la postre, ostentan el poder; ya que estos, olvidados de todo cuanto no sea su devoción, prescinden de lo que conduce hasta él. He aquí un claro ejemplo —se dijo, mirando a Willy.

Con la ventaja de que, quienes ordenan su intelligen-

cia hacia la consecución de objetivos básicos y tangibles, pueden, a la postre, comprar los que no lo parecen. A veces —y no había parado de mirar atentamente a Willy—, a precio de saldo. No obstante —y ya resultaba paradójico—, en un mundo donde todo, hasta los misterios más insondables, estaban descifrados, al final del arte siempre quedaba un recodo inexplorado, no secuenciado ni descrito. Más allá de las notas o los rudimentos de los que el artista se sirve para expresarse, aún quedaba un código secreto. Ese que nos despierta la “fascinación”. Y Willy lo conocía. La fina melodía que tocaba transmitía desde lo insondable.

Camino de la sede corporativa, aún abundó en que tal vez aquel código nunca fuera descrito, que tal vez nunca fuera posible el acceso general a él, pero que no importaba demasiado. Sí, era indudable que Willy poseía esa competencia y él no, pero, a cambio, Willy nunca sería co-propietario y director ejecutivo de algo parecido a B. Financial Investment Network, con las ventajas que ello reporta, entre ellas disponer de un Willy en casa, y estaría condenado a permanecer siempre dentro de una jaula.

Ekatherina regresó, después de servir el desayuno al señor y que este se hubiera marchado. Descargó una gran bandeja con el menú en la encimera y luego sirvió a Willy. Después, se empleó a fondo en remozar todo lo empleado, y, alegremente, quizás influida también por un aprovechado descanso y la calidez de la mañana, comenzó a entonar una cancioncilla del folclore de su tierra. Willy no entendía nada, después de lo ocurrido

el último día, pero asistía, sorprendido y emocionado. La escuchó un momento y enseguida cogió el ritmo. Aprestó a la guitarra blanca para que lo siguiera y Ekatherina sonrió, continuando con la cancioncilla de una manera más alegre y decidida, entonándola esta vez con verdaderas ganas, marcando el ritmo con verdadera fruición; Willy le ponía las alas. En un momento soltó los platos, se secó las manos, sin dejar de cantar, elevó los brazos remangados y trazó filigranas con los pies ejecutando la danza que la acompañaba. La figura regordeta de Ekatherina se movió con verdadera gracia y soltura ejecutando aquellos pasos. Willy ya no solo la acompañaba con la guitarra, sino también secundando a modo de coro el estribillo. Estaban verdaderamente felices. La danza y la cancioncilla transcurrieron y tocaron a su fin y Willy terminó aplaudiendo con entusiasmo a Ekatherina. Ekatherina se la dedicó, extendiendo su brazo hacia él, y luego volvió a los platos. Se giró desde el fregadero para mirar a Willy y sonreír y luego reír a carcajadas con él. Esas cosas no se olvidan —le aseguró, aunque no hiciera falta.

Pero esto es inconstitucional, papá. ¡No se puede tener encerrado a un hombre a menos que lo ordene un juez! Tienes toda la razón, Frankie; eso es así, salvo que ese hombre esté encerrado por propia voluntad. El niño miró a Willy y Willy asintió con la dulzura que solía hacerlo. ¡No es posible! ¡No puedo creer que alguien esté encerrado porque quiera! Willy aseguró que sí, haciéndolo patente con un cabeceo. Luego alargó entre

los barrotes una mano franca al chico para que este la golpeará. El chico la palmeó, en señal de amistad, pero con cierta desgana. No dejaba de reflejar en su rostro la perplejidad que aquella situación le producía. ¿Por qué quieres estar encerrado en esa jaula? Le preguntó a bocajarro. Willy le pidió con la mano que esperara un momento para mostrárselo. Se colgó a la guitarra, que yacía boca arriba sobre las cajas, y la señaló, sonriendo: es por ella. Acto seguido comenzó a tocar en honor a Frankie una melodía desenfadada y de ritmo alegre. Tenía sabor a danza de far west, a polvo del desierto levantado por la carrera de unos caballos. A Frankie lo dejó boquiabierto aquella breve demostración. ¡Guau! Exclamó, con toda sinceridad. Sin embargo su hermana, que asistía detrás, junto a su padre, estaba a punto de una crisis nerviosa, de saltar de pura indignación. ¡Este tipo es un carota y vosotros —afirmó, haciendo referencia a su padre y a su amigo Conrad—, siento decírtelo, papá, no parece que estéis del todo bien de la cabeza! Y salió disparada de la cocina. Bigard no intentó corregirla ni detenerla, sabía del carácter de su primogénita. ¿Y por qué no te ganas la vida tocando? Estoy seguro de que te admitirían en cualquier grupo de rock. ¡Eso ha estado genial! Willy se limitó a encogerse de hombros para contestar a Frankie. Tal vez viera impropio profundizar en sus razones con un muchacho tan joven.

Bien, había pasado el trance no menos espinoso de que sus hijos tuvieran el primer contacto con Willy. Los puso al tanto de hasta qué punto la convivencia en la

casa se había visto alterada por su presencia. De cómo los días habían adquirido cierto carácter de desasosiego, de provisionalidad, de anarquía, aunque no por ello —les hizo advertencia—, hubieran dejado de guardarse las horas y observarse los ritos establecidos. De cómo las noches habían pasado a ser auténticas cajas de sorpresas, en las que Willy les podía regalar tanto experiencias maravillosas, como lacerantes horas de insomnio o el silencio absoluto, y que todo ello debían tolerarlo y para todo ello debían estar preparados. Al fin y al cabo —les concluyó, repitiendo razonamiento—, la presencia de Willy no es más que una circunstancia puntual.

La resistencia de Gwen se hizo manifiesta tratando de aislarse de aquella realidad, encerrándose en su habitación, evitando entrar en conversación alguna sobre “el nuevo inquilino”, habitando la casa sin desprenderse de aquellos cascos cromados. Total, antes de tomar una medida más drástica, no le parecía completamente insoportable la idea de aguantar un par de días más de locura colectiva hasta la llegada de mamá. Estaba segura de que, tan pronto como esta pusiera los pies en la casa, las aguas volverían a su cauce. Es decir, Willy se vería en la puta calle, como el auténtico bastardo que, estaba completamente segura, era, y la jaula desmantelada y depositada en el contenedor correspondiente. Y todo olvidado, archivado, hecho desaparecer como una pesadilla; un nuevo capítulo cerrado de “Las meteduras de pata de papá”, este más grave de lo habitual.

Los sentimientos de Frankie oscilaban entre la pre-

ocupación humana por aquel hombre encerrado que quería vivir encerrado y el mundo fascinante que aquella actitud y aquella presencia habían suscitado en su joven imaginación. Verdaderamente le maravilló cómo había interpretado la pieza, y cómo sonreía y parecía feliz dentro de aquella enorme jaula dorada. No obstante, no convencido del todo de que estuviera allí por iniciativa propia, decidió darle por su cuenta una nueva oportunidad. Había penetrado con sigilo en la cocina a media tarde, cuando Ekatherina estaba a otros menesteres. Había visto la llave, la gran llave dorada que yacía sobre un estante del aparador. Willy, que aún dormitaba, se alertó al verlo. Frank le pidió que guardara silencio llevándose un dedo a los labios, tomó la llave y se dirigió hacia la jaula, pero Willy ya le estaba negando con la cabeza. Antes de que el chico llegara a introducirla en la cerradura, Willy abrió la puerta de par en par. Intentó dejar claro con sus gestos que estar allí era una decisión suya, no una imposición de nadie; y que la llave, bueno, la llave solo era un objeto simbólico en todo aquel asunto. El chico pareció un tanto decepcionado, le habría encantado abrir él la puerta y haberle gritado: ¡Vuela, Willy, vuela! Y que Willy hubiese volado en completa libertad, de una vez y para siempre.

Ekatherina ya había servido la cena y regresaba con aquella gran bandeja vacía suspendida en la mano. Willy que, sentado sobre el suelo y apoyado en los barrotes, pimplaba de la botella, la miró por un solo ojo al entrar. Él no probaría la comida hasta la medianoche, o antes

o después, cuando se le antojara; circunstancia por la cual, cubierto con una tapadera, le dejaba un plato junto a la jaula. Un plato que se comería inevitablemente frío. Ekatherina no le dijo nada, solo intercambió con él un golpe de vista a modo de saludo. Willy aún sufría la angustia de la caída del sol tras el horizonte, aunque desde allí no lo viera; aunque, desde allí, cuando despejaba, como era el caso de hoy, solo viera rozar con sus últimos rayos el lomo del tejado.

Habían pasado unas horas y quedaba poco para la de irse a la cama. La hija de Bigard entró en la cocina con mucha seguridad; iba a tomar, antes, un trago de agua fresca. Apoyó el vientre en la encimera y alcanzó un vaso y la jarra. Se sirvió. Descansó una pierna y se apoyó en la otra mientras se llevaba el vaso a la boca. Tragó despacio. Luego hizo descender la mano y posó el vaso de nuevo en la encimera. Aquel era un trago difícil, nadie se lo negara. Verse obligada a compartir sus espacios con un asqueroso bastardo. Un tipo sucio, maloliente y horrendo que vivía en uno de los rincones de la cocina. ¡Dios, ¿cómo se le había ocurrido a su padre consentir aquello?! ¿Cómo se le habría ocurrido al desequilibrado de Conrad pensar en Harold Bigard y no en otro de sus amigos para gastar aquella odiosa broma? Giró vista a su derecha. Allí estaba. ¡Qué asco, por favor! Que alguien lo retirara de allí.

Willy había remontado la leve melopea y cargaba la guitarra. Hacía ejercicios dactilares sobre ella cuando la chica entró. Desde ese momento se había quedado

muy quieto, observándola. Antes, cuando su padre la había presentado ante él llamándola por su nombre (ella es Gwen), no había tenido ocasión de hacerlo. Ahora pudo reparar en la gruesa trenza de pelo rojizo que le colgaba por la espalda, en sus enormes ojos avellana, en su figura esculpida por unos vaqueros muy ceñidos y una camiseta, un par de tallas menor de la suya. Los pies calzados con unas zapatillas de lona rojas. En su cara, asaltada por un par de espinillas salvajes, un rociado de pecas en los pómulos y las sienes, una nariz todavía algo infantil, unos deliciosos labios gordezuelos. Tuvo la tentación de mirarla a los ojos, de saludarla y regalarle una sonrisa, pero lo pensó mejor y no lo hizo. A cambio, continuó haciendo manitas con la guitarra. Ya salía de su cuerpecito plano, de sus cuerdas de voz, de su alma eléctrica, ese difícil acorde con el que se atacan los primeros compases de la Lluvia púrpura; algo así como..., su pieza de arranque, su manera de entrar en calor, su sintonía. La chica salió disparada de la cocina.

En verdad no se correspondían las más anchas expansiones de Willy con la hora en la que suelen hacerlo las aves que destacan por su canto; las cuales, extinguida la última luz del día, suelen permanecer calladas hasta el siguiente. Bien que hay algunas excepciones, eso es cierto, y a ese tipo debía pertenecer Willy, pues era doblada la medianoche cuando con más finura se expresaba.

Todo es cuestión de acostumbrarse. Se puede dormir

escuchando música, del mismo modo que escuchando el silencio. Pensándolo bien: más difícil, a veces, dormir en medio del silencio cuando se reproducen en tu consciencia ruidos atronadores. No obstante, se puede dormir si la música es un suave murmullo y no despierta sentimiento alguno, pero no cuando no es así, cuando cualquier nota que se escucha provoca inquietud; y he aquí a Willy más allá de la medianoche. La melodía – ahora-, era un suave murmullo, pero parecía que Willy la llevara a una gruta dentro de ti, cuya profundidad ni tú mismo conocieras, y se complaciera en remover ahí una víscera y otra, en una agitación que duele y place al mismo tiempo. Ya no se trataba siquiera de fantasmas del pasado, que identificas, la evocación de un época de tu vida que hubieras decidido enterrar. Es sentimiento de algo puro, ignorado e inquietante. Sin embargo, el dueño de un pájaro cantor no se levanta a contemplarlo a medianoche, duerme. Hace lo posible por dormir. En todo caso, cuando le llega la extenuación, duerme. No tiene más remedio que dormir.

Frankie mostraba los ojos como un par de tomates aplastados, los pelos revueltos, el paso sonámbulo. Willy, que le había visto entrar, se acercaba rítmicamente al cénit de la pieza. El chico observó cómo arrancaba las notas umbrales y ponía en sus facciones gestos de éxtasis. Sacudió la cabeza. Fue hasta el fregadero, abrió el grifo y se echó una manotada a la cara. Sopló unas gotas que resbalaron por ella. Willy concluyó aquella pieza, dejó transcurrir un breve lapso y después arran-

có otra en honor a Frankie. Pensó que le gustaría la épica rebelde de esta, su ritmo trepidante y sus versos incendiarios. El niño abrió los ojos con desmesura, se le renovó en la cara el color y se le despertó el entusiasmo. Acompañó a Willy. Cabeceó y pateó el suelo a su ritmo. ¡Guau! Exclamó, al finalizar. ¡Eres grande, Willy! Willy saludó, con humildad, y después, sin mediar tiempo, conminó al chico para que volviera a la cama. Frankie se resistió unos segundos, pero en vista de que Willy se obstinaba, obedeció y abandonó la cocina.

Ekatherina hacía una magnífica digestión, durmiendo bajo la sombra de un árbol de la sabana. Bigard se había colocado sendos taponos en los oídos. El corazón de su hija no paró de dar saltos dentro de su pecho mientras escuchaba a Willy perpetrar aquel último atentado contra el sueño. Con él y al tiempo de la cadencia, se habían removido todos los músculos de su cuerpo. Los músculos de su cuerpo le habían dicho: ¿Qué haces aquí tumbada? ¡Vamos, levántate! ¡Tenemos ganas de agitarnos, de saltar! Claro, que ella era una señorita. Pero qué narices, estaba en su casa. Tenía todo el derecho a levantarse e ir a la cocina. Tenía todo el derecho a abrir su nevera y comerse lo que le apeteciera. Tenía todo el derecho a hacer lo que le viniera en gana, estuviera o no estuviera allí un apestoso bastardo como aquel.

Willy había sugerido a la guitarra hacer un dueto, como contrapunto a la pieza anterior, y la guitarra... La guitarra, por supuesto, había aceptado. Bien podría

decirse que ella, para fundirse con él en aquella danza, le había llevado sus manos-cinta al cuello. El ritmo esta vez era pausado, cíclico, envolvente. Los dos (la guitarra y él) avanzaban compenetrados. Voces, gestos, movimientos al par. Dándose. A mitad, entró la chica. Se dirigió a la nevera sin tenerlos en cuenta, mientras ellos no dejaban de celebrar el dúo. En pijama, las manos ocultas bajo las mangas sobradas. El pelo rojizo cubriéndole la espalda. Los pies desnudos; el pecho, tal vez por el fresco o el roce del tejido, elevando dos cimas agudas en la camiseta. Tomó un tarro de compota y una cucharilla. Apoyándose de espaldas en la encimera, encaró a Willy. De ese modo, engulló algunas cucharadas. Willy y la guitarra dejaban que se fuera extinguiendo la cola de notas con mucha suavidad, haciendo largo el descenso, dándose las gracias. Ella tapó y devolvió el tarro a la nevera. Le había quedado una mancha morada en el labio superior que no había barrido la lengua. Cuando la guitarra y Willy concluyeron, tuvo a bien dirigirse a él por primera vez con su voccecita tierna y sensual: ¿Solo sabes tocar ese tipo de mierdas? A Willy le cogió un tanto de improviso y no acertó más que a expresar un ¡Oh! de sorpresa, aunque, de inmediato, apretó los labios y asintió: “Me temo que sí”. No se sintió autorizado para requerir también a la chica a que regresara a la cama (era ya toda una mujercita), de modo que optó por una estrategia indirecta. Descabalgó la guitarra, se sentó sobre una de las cajas y la tumbó boca arriba en su regazo. Comenzó a mirar a Gwen con fijeza. La chica echó la mirada al suelo, se de-

moró un instante y luego salió disparada de la cocina.

Tal vez Willy pensó en moderarse por los chicos. Quizás fuera demasiado para ellos obsequiarles, de entrada, con una noche entera de excitación e insomnio.

¡Caramba! No era frecuente que estuviera levantado, aseado y bien despierto a aquellas horas. Solo lo había hecho una vez. Buenos días, Willy. Willy, que miraba un arbol surgido con la primera luz por encima del seto de cipreses, allí, hacia el fondo del jardín, se dio la vuelta y le contestó con un gesto elocuente. No, si ella ya había dejado dicho que aquel hombre era hasta atractivo, aunque hoy creía que estaba un poco más, casi guapo. Sospechó que podía estarse acostumbrando a él y no quería. No quería. No pensaba que fuera a durar mucho allí. Con toda probabilidad, no más de lo que tardara en volver la señora de su viaje. Pero parecía tan buena persona... Y cantaba y tocaba tan bien... Con la barba muy bien recortada y perfilada y el pelo largo muy bien lavado y peinado, lo encontraba muy agradable de ver. Ahora no le parecía tan hippie. Bueno, Willy tenía unos bonitos ojos azules, eso no podía negárselo nadie; incluso los tenía bonitos sin haberse aseado.

Se movió rápido para organizar de modo eficiente la preparación del desayuno. Willy intentaba despertar a la guitarra que, esta sí, era una dormilona incorregible. ¡Vamos, chica, abre los ojos! Parecía decirle mientras le pasaba el paño con delicadeza por aquella piel, mayormente blanca pero con una mancha ocre.

A la vuelta de servir, Ekatherina dio un pingo a la

jaula. Le habló a Willy de ese cantante famoso, con una voz que le parecía tan masculina y que a ella le gustaba tanto. Willy sacó el arco, colocó en él la flecha, tensó y... ¡Allí estaba!, ese tipo que tanto gustaba a Ekatherina. A ella le encantaba que supiera tocar cualquier cosa y que la alargara, que la alargara y la repitiera una y otra vez, de modo que se pudiera extender el disfrute de aquella música durante mucho tiempo. No había comparación; el trabajo de la casa se había tornado, al menos, un cincuenta por ciento más llevadero.

Ya le parecía que no podía ser de otro modo. Se lo había figurado, había imaginado que aquel pájaro tenía que ser un pájaro en su integridad y no solo un mero imitador. Ninguno canta de esa manera si no lo es. Ahora lo había descubierto. En una de aquellas cajas debían de estar metidos y, ahora, aparecían arremolinados a su alrededor, como un corro de palomas comiendo de sus migas; desperdigados por el suelo; sobre la tapa del amplificador, en sus manos, apoyados en el regazo. Con un lápiz, trazaba signos en los pentagramas. Cuando Willy se dio cuenta de que lo observaba, soltó los papeles y le sonrió. Le mostró a la vista solo uno de ellos, el que encabezaba la pieza, con el título. Él arqueó las cejas y le mostró reconocimiento. Willy aprestó la guitarra para tocarlo y dedicárselo. Tardó un poco en coger el ritmo y la melodía pero, cuando lo consiguió, sonaba algo con mucha fuerza, absolutamente distinto, fresco. Era una canción de amor con una letra intrascendente, como casi todas. No sabía por qué, entonces, le senta-

ba mal; por qué aquellas notas le causaban pesar en el alma. ¿Qué había en ellas de melancolía, de dolor, para que le provocaran ese efecto adverso?

¿Puedo entrar? Por supuesto, le contestó, con un gesto, Willy; y le abrió la puerta. El chico entró tomando muchas precauciones, como alguien que se internara en una propiedad abandonada. Luego, dentro, miró hacia arriba, hacia aquella arquitectura distinta. Se le antojó grandiosa, tan diferente desde dentro que desde fuera. Le sorprendió lo elevado de aquella cúpula, su perfecto equilibrio de formas. Bajó la vista a Willy. Willy le sonrió, le tendió la mano y se saludaron efusivamente. Frankie miró después hacia la guitarra, que reposaba, tras Willy, tumbada boca arriba sobre las cajas. Willy se percató y la tomó en sus brazos. La ofreció a Frankie por si el chico deseaba tocarla. Este no se decidía y, ante la duda, Willy se la colgó y la dispuso para que pudiera hacerlo. El chico estaba encantado con la guitarra encima. Le pareció, en sus jóvenes manos, una ovalada forma maravillosa. Hizo intención de comenzar a tocarla pero Willy lo detuvo con otro gesto: Espera, espera. Y conectó el amplificador. Entonces, Frankie pulsó alguna de sus cuerdas y la guitarra se expresó. Claro está, la guitarra responde a cómo se la toca y, a la demanda de Frankie, emitió solo estridentes y toscos chillidos. Aún así, el chico se dio por satisfecho y se la devolvió a Willy con un gesto de admiración en su cara.

Gwen regresó a la infranqueable hora de las diez de la noche de su salida con las amigas. Era, según sus padres, lo prudente para una chica de catorce años, aunque ella lo juzgara como una imposición que arrollaba sus derechos, a todas luces injusta.

Pasó por la cocina después de haber saludado a su padre, con el único propósito de tomar algo rápido antes de encerrarse en su habitación. Una fruta. Ya sabía que encontraría allí el obstáculo peliagudo del “pájaro cantor”, pero ¿qué remedio? había que sortearlo de la mejor manera posible.

En la cocina, abrió violentamente la nevera, aunque luego decidió tomar una manzana. Había ignorado por completo a Willy. Se justificó repitiendo para sí la aseveración de su padre: “solo es un pájaro”. A Willy le habían resultado un tanto cómicos aquellos pasos rápidos, queriendo evitar así la necesidad de reparar en él, de mirarle, de admitir su presencia. La observó. Con la melena suelta, vestía una camisa y una rebequita, unos vaqueros cortos deshilachados rosa neón que dejaban liberadas en toda su longitud unas largas piernas inaugurales. Mordió la manzana. El bocado se quedó prendido a ella y tuvo que remeter con los labios para que entrara definitivamente en su boca y lo pudiera masticar. Willy la miró y encontró por un instante sus ojos y, en sus ojos, aquel fogonazo de provocación adolescente. Pensó en interpretarle algo... Algo para ella, dedicado en especial a ella; en respuesta a las amables palabras que le había dirigido en su visita anterior. Entonces recordó aquella canción infantil. Extendió, con

gestos de exagerada alegría, el ritmo alegre y la letra pegadiza; su regusto inevitable a pañal y a colonia de bebé. La chica lo miró boquiabierta. Dejó de comer la manzana. Tragó lo que había comido más por necesidad que por ganas. No podía salir de su asombro. ¿Era por ella? ¡Claro! ¿Por quién, si no? Puso un gesto enfurecido mirando a Willy mientras este le correspondía con una sonrisa burlona. Entonces, disparó, sin pensárselo, el resto de la manzana hacia él. Le impactó de lleno en el pecho. Willy... Bueno, Willy no podía esperar otra cosa. ¡Que te jodan! —le escupió, antes de salir de allí disparada.

La llovizna regaba con diminutos alfileres la maleta, la gabardina, el sombrerito de nailon que protegía su pelo rubio, recogido detrás en un moño. La gabardina (los cabos de la cinta anudada colgando por la delantera) dejaba ver unas bonitas piernas, de rodillas para abajo, mientras caminaba y hacía desfilar, sobre el agua de lluvia, las agujas de unos zapatos de tacón negros. Había salido del pabellón y caminaba hacia los aparcamientos. En el último mensaje él le hablaba del tráfico. Apenas unos segundos después, reconoció aquel coche que veía venir como el suyo.

¿Qué tal el viaje, Chloé? ¡Oh, bien! Sin grandes contratiempos. Se besaron. Disculpa el retraso. Preguntó por los niños. Bigard le comunicó que estaban estupendamente. Ella le confió después: No me vas a creer si te digo que hasta te he echado de menos. ¿Por qué no? —le contestó él, mientras manejaba el volante—. Sé lo

importante que soy para ti. ¡Oh, Harold, deja por una vez esa maldita ironía! ¡Hablo en serio! El coche giraba para salir del aeropuerto a través de aquel laberinto de vías. ¿No te has divertido? ¿Divertido? Sí, mucho. Bueno, todo ha ido bien. La verdad es que todo ha ido muy bien. Demasiado bien. Hemos causado sensación con las nuevas colecciones. La prensa se ha volcado con nosotros. Esta misma mañana me acaban de comunicar que tenemos el fax echando humo. ¿Acaso podría irnos mejor? Bigard la miraba expresarse, gesticular, cuando alternaba un vistazo a su perfil con la visión a través del parabrisas. Su nariz fina y recta, rematada por aquella graciosa forma redondeada; sus labios, articulando las palabras del modo tan especial en que lo hacían. La manera tan sensual de juntarlos cuando callaba y te miraba. Aquellos ojos, dardos haciendo siempre diana. Por lo demás ha sido más o menos lo de siempre. Los chicos, fenomenal. Acabo de despedirlos y es como si dejara a la mitad de mi familia. Son criaturas adorables. Él no abría la boca para preguntar nada, pero ella sabía perfectamente que preguntaba. Mientras conducía y miraba con atención las circunstancias del tráfico. Mientras apoyaba el brazo en el volante, ante un semáforo, y perdía la mirada más allá del disco rojo. Y que toda crónica no parecería más que un preámbulo o dilación. ¡Oh, dios, Harold! Siete noches, siete cenas rodeada de hombres. De hombres atrayentes. Me he reído como una verdadera loca todo el tiempo. Son divertidos. Un poco primarios, pero divertidos. ¡Hasta he bailado en una discoteca! Y no he

follado ni una sola vez, ¿puedes creerme? Bigard giró la vista a ella y sonrió beatíficamente. Siete noches a solas con la almohada. ¡Oh, Harold! Dime, ¿por qué los hombres que de verdad me interesan no son los que me persiguen? Antes de contestarle recordó, sin hacer de aquello un drama, en qué grupo estaba encuadrado él. Bueno, querida, supongo que es como preguntarse por el sexo de los ángeles.

Y bien, explícame qué es eso de que tenemos nueva mascota en casa. Mascota que, al parecer, vive en una jaula y, como detalle irrelevante, resulta ser un hombre. Un pájaro cantor, ya te lo dije. Regalo de nuestro común amigo Conrad. Creo que de común tiene poco ese hombre, en todos los sentidos, y de sentido común menos aún, querido. ¿Cómo se le ocurrió semejante barbaridad? Es lo que yo le dije. Y tú, ¿cómo llegaste a consentirlo? —le inquirió, despechada—. Ya me conoces, tengo un lado que me conecta con las extravagancias de Conrad, será lo que nos une. No obstante, ya te dije que la presencia de Willy es un hecho circunstancial.

Se acercaban a la entrada del garaje de su casa. Bigard ya había pulsado el mando a distancia de la puerta y esta había comenzado a elevarse y plegarse. Entonces, ella, como si le hubiera venido una repentina luz al entendimiento, preguntó: ¿Harold? ¿No se te ha ocurrido mirar en ningún momento el calendario? Bigard anotó que sí, tanto como que era habitual que lo hiciera. También que algo raro, alguna extraña cone-

xión que no se había detenido a analizar, había entre él y lo último acaecido. Pero no —se dijo, cuando cayó en la cuenta—, todo sería demasiado mostrenco, algo no cuadraba. No le parecía posible que Conrad hubiera obrado de aquel modo solo para gastarle una broma, para disfrutar de unas risas a su costa. No era creíble, razonable.

Ya habían abandonado el automóvil, la puerta automática del garaje se había cerrado tras ellos. Del interior de la casa provenía un débil hilo musical que reproducía un ritmo nuevo, cargado de expectativa. Chloé miró a Bigard, frente a frente: Querido, dime que estoy equivocada. Que hoy no es primero de abril y que tú no hueles a pescado.